

¡QUÉ VIVAN LOS TOROS!

Juanito tenía siete años cuando lo llevaron a una corrida de toros. La plaza le pareció muy linda, la arena le recordó las playas que había visto en los cuentos de piratas, las banderas que adornaban todo el sitio se les parecieron a las velas de los barcos y a bandadas de aves multicolores.

Brincó de emoción cuando apareció sobre la arena una hermosa muchacha vestida de negro montada sobre un enorme y brioso caballo blanco; detrás de la muchacha y el caballo venían unos señores vestidos con trajes relucientes a quienes saludó batiendo sus manos y gritando ¡bravo! ¡bravo!, como el resto de la gente. Los señores, muy educados, se quitaron sus sombreritos y saludaron a todos los presentes. La muchacha, el caballo y los señores dieron un pequeño paseo para recibir los aplausos y se perdieron por una de las puertas rojas.

El pequeño Juanito estaba feliz, pues un desfile tan hermoso debía ser el inicio de algo más lindo y emocionante.

Con el sonido de una trompeta se abrió una puerta, entonces, salió un hermoso toro negro que fue recibido cordialmente, con un enorme mantel mora en leche, por uno de los señores de traje reluciente que poco a poco se lo fue llevando hacia un caballo con los ojos tapados y montado por un señor con un sombrero bobo y una vara puntuda que enterró varias veces en el lomo de la criatura que empezó a cubrirse de sangre.

Los asistentes gritaban y aplaudían felices. Juanito, silencioso, observó como otros señores de trajes relucientes, con gestos amanerados y mostrando orgullosos unas horribles hernias entre sus piernas, clavaron tres pares de chuzos sobre aquel cuerpo indefenso.

Nuevamente llegó el señor del mantel mora en leche, que ahora tenía uno rojo como la sangre que empezaba a confundirse con la arena. Dio vueltas e hizo gestos desafiantes mientras el toro bramaba por el dolor, el cansancio, la sangre perdida y la más profunda tristeza por haber sido engañado.

La gente gritaba ¡torero, torero, torero! Y el torero se acercó a una de las entradas llamadas burladeros, donde le pasaron una espada parecida a la que utilizan las tortugas ninjas para luchar por la paz y la justicia. Se hizo un gran silencio y... zaz, la espada se fue hasta el fondo, el toro se dobló y la ovación de los humanos allí presentes se mezcló con la música para resaltar el clímax de aquella fiesta.

Rápidamente apareció un tipo con pantalón blanco, camisa roja y armado con un cuchillo enorme quien, sin ningún disimulo y apoyado por las miradas cómplices, le dio la más cobarde cuchillada a la criatura que agonizaba tendida sobre la arena, como si no hubiera sido suficiente, como si todo lo anterior no hubiera bastado, le cortó las dos orejas y el rabo.

El señor de traje reluciente que había recibido cordialmente al toro, ahora mostraba orgulloso las orejas y el rabo de la criatura que pudo sentirse recibido en un lugar extraño por un amigo bondadoso.

El pequeño Juanito siguió en silencio y los adultos que lo habían llevado ni siquiera voltearon a mirarlo, pues ya estaban totalmente borrachos por todo el licor que se habían tomado para pasarla más sabroso y sentir más intensamente toda la fiesta.

Murieron el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto y llegó el sexto de la tarde. Ese sexto atravesó su cornamenta en el abdomen del torero; en ese instante el silencio fue total y un niño se levantó ante las miradas expectantes de los adultos y acompañado por la fuerza del viento de esa tarde gritó: ¡eso torito, mata a ese hijoeputa!

Desde ese día, los toros que son maltratados y asesinados brutalmente en las plazas de tortura, saben que no todos los humanos gozamos, disfrutamos y hacemos fiesta con el dolor ajeno. Desde ese día, somos muchos los que estamos luchando en todo el mundo para que las plazas de tortura se conviertan en sitios de pastos espléndidos a donde los toros y las vacas puedan llegar tranquilamente a hacer el amor y los humanos, desde las tribunas, los aplaudamos y gozemos por recordarnos que no es la muerte, sino la vida, lo único digno de ser celebrado.

Lleve a menores de edad a las plazas de tortura para que aprendan y gocen con el “arte” de matar. La viOLEncia quedará muy agradecida con su aporte.

SI USTED ES UNA PERSONA SENSIBLE AL TEMA DE LOS CUERNOS PORQUE HA SENTIDO TRISTEZA, DOLOR, RABIA E IMPOTENCIA POR NO PODER CAMBIAR LAS COSAS, LO INVITAMOS A LEER Y A COMPARTIR ESTE TEXTO.

EL ALIVIO ESTÁ GARANTIZADO

Fuente: Caro Gamboa, Miguel Fernando (1998). **¡Qué vivan los toros!** Cali, Colombia: Gamboa y dueñas Editores.

SE REPRODUJO CON LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DEL AUTOR Y DEL EDITOR

Cortesía de la **Coordinación del Área de Autodesarrollo** de la **Facultad de Odontología de la Universidad de Los Andes**. Mérida, 15 de Enero de 2002.

Para comentarios escriba a: defrenc@yahoo.com; oscarula@ula.ve; moralito_ve@yahoo.com; y ernesto_marin@hotmail.com.